

alas del amor como María; apenas hemos trabajado en su bien y nos sentimos fatigados, creyendo haber cumplido si alguna vez los auxiliamos, volvemos nuestros ojos á otra parte, y echamos al olvido el servicio de aquellos de quienes dirá el Divino Salvador el día del juicio: «Lo que hicisteis con alguno de mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis» (1). Ni recordamos, para reanimarnos, estas palabras de San Pablo: «No nos cansemos de hacer bien, porque si perseveramos, á su tiempo recogeremos el fruto.» Así que, mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos (2).

María vuelve á su casa y se entrega al silencio y á la meditación de los grandes misterios que se han cumplido y aun tienen que cumplirse en Ella. Parécenos que al bajar de las montañas de Judea y al entrar en su feliz morada, iría diciendo lo que está escrito en los libros santos: «Entrando en mi casa descansaré con la sabiduría.» Nuestra Niña puede decir: «Descansaré con mi Hijo, porque ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino antes bien consuelo y alegría. Considero conmigo, y revuelvo en mi corazón, cómo en la unión con el Niño que llevan mis entrañas, se halla la inmortalidad, y un santo placer en su amistad é inagotables tesoros en las obras de sus manos, y la prudencia en el ejercicio de conversar con Él, y grande gloria en participar de sus razonamientos» (3). Hé aquí la vida de María, muy particu-

(1) Matth., xxv, 40.

(2) Gal., iv, 9, 10.

(3) Sup., VIII, 16, 18.

larmente antes de su divino alumbramiento, y cuyo solo recuerdo llena al alma de dulzura y suavísimo consuelo: contemplémosla un instante. ¿Qué pasa entonces en el corazón de esa Madre dichosísima? Misterios de amor y santidad que el hombre no puede comprender. La vida de Dios comunicándose en su más excelsa plenitud, cuanto puede serlo, á una criatura después de la unión personal; vida exuberante y gloriosa, que saliendo del corazón del Hijo, inunda sin cesar toda la existencia de María, y vuelve otra vez á su principio: esa vida soberana la eleva, la engrandece y casi la deifica, pues está escrito: «Quién está unido con el Señor, es con él un mismo espíritu» (1). Y San Pablo ha dicho de sí mismo: «Yo vivo; más bien, no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí» (2). ¿Por ventura ha llegado ya para María el tiempo en que la vida inmortal ha de absorber lo que hay de mortalidad en nosotros? (3). ¿Qué hombre, pues, ó cuál de los ángeles de Dios ha penetrado en esa región santa y misteriosa, donde el Verbo de Dios vive así unido con su Augusta Madre? ¿Quién ha sondeado las profundidades de esos abismos de amor y de ternura que forman la vida de Jesús y de María?

Esta Niña, que todo lo recibe del Señor, da, sin embargo, su vida al mismo Dios. Un mismo aliento vivifica el corazón del Hijo y de la Madre; la misma sangre circula por las venas de los dos.

(1) I Cor., vi, 17.

(2) Gal., II, 20.

(3) II Cor., v, 4.

Decíamos que la conversación con Jesús no tiene amargura, sino consuelo y alegría; ¿qué nos dará unirnos á su corazón divino? ¿Qué delicias gustaría el corazón de nuestra feliz y amada Niña al beber, en las corrientes que de continuo la inundaban, la vida de Jesús? Parécenos que el éxtasis y el raptó del más puro y abrasado amor se sucedían el uno al otro en el alma de María, cual espumosas y azuladas olas en un mar que no descansa. Si su vida era de Dios, sus miradas y su corazón también en Dios estaban. ¡Volver sus ojos á su propio seno y contemplar en él á su Hijo amado, que es el Hijo del Eterno! ¡Tener en sus entrañas el tesoro de los cielos y la tierra, por quien habían suspirado los patriarcas, el anunciado de los profetas, y á quien tantos reyes desearon contemplar; el más hermoso entre los hijos de los hombres, su propio Hijo!..... ¿Qué Madre no desea ver nacido al hijo de su amor, para tenerlo en sus brazos, cubrirlo de caricias y desahogar su corazón? Pasan rápidamente las noches y los días, y una madre los ve arrastrarse con triste lentitud, como les siglos; darles quisiera las alas de los vientos, y en ellos ver llegar el momento por el cual suspira. María, pues, la más amante y tierna de las madres, desea con vivísimas ansias contemplar entre sus brazos al Hijo de su seno. ¡Qué lágrimas de amor serían las suyas cuando en él pensaba! ¡Cuán dulces y abrasadas expresiones mandaría sin cesar á su tierno corazón! En otro tiempo su divino Esposo le hablaba de este modo: «Paloma mía....., muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce, y hermoso es tu ros-

tro» (1). Hoy es María quien suspira de amor, y quiere escuchar la voz de su Niño, y rendida le ruega que descubra su rostro, diciendo: «¡Quién me diera; ¡oh Niño mío! verte ya nacido, para llenarte de caricias!» (2). Y sin esperar el nacimiento de Jesús, el amor la transporta, la abrasa y arrebatada, la suspende en Dios. Sí; María contempla en su Divino Hijo una grandeza y majestad infinitas, y le adora y se humilla en su presencia; no dice una palabra; la veneración y el respeto cierran sus labios: el resplandor de la hermosa luz de los cielos la tiene deslumbrada; la bondad del Eterno suspendida, y como tierra sin agua, suspira de amor (3).

La Purísima Virgen sabe que Jesús viene para redimir el mundo é iluminar á los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de muerte; y ama á los hombres como nadie jamás los supo amar después del Señor: hé aquí también por qué desea María que Jesús salga de su seno; es consuelo muy grande, ciertamente, para el tierno corazón de nuestra Madre, librar á sus hijos de las innumerables desgracias del pecado, llenarlos de celestiales bendiciones en Jesús. Sin el Hijo, ¿qué bienes puede darnos María, pues todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él, á quien pertenece la gloria eternamente? (4). Ahora bien: nuestra Niña puede, mejor que Job,

(1) Cant., II, 14.

(2) Idem, VIII, 1; Sa., hic.

(3) Ps. CXLII, 6.

(4) Rom., XI, 36; Tirin. Menoch., hic.

decir estas palabras: «Desde la infancia creció conmigo la misericordia, y conmigo salió del seno de mi madre» (1). Y siendo tan grande su ternura y compasión para socorrer las miserias de los hombres, ¿pudiera no haber suspirado ardientemente por ver entre sus brazos á Jesús, por quien somos enriquecidos con toda suerte de bienes? (2). Mas si antes de momento tan dichoso vienen á María los ciegos pidiendo la luz, los cojos saltar como los ciervos, los mudos el hablar, los hambrientos el pan de la vida, Ella podrá decirles: «Aun no corren las aguas en el desierto, ni los arroyos en la soledad. Árida y triste está la tierra; y aun no descubrimos los estanques de aguas vivas (3) que apagarán la sed del hombre.» Tales pudieran ser sus palabras, las que no le impedirían exhalar un suspiro de dolor sobre nosotros.

¡Oh Niña encantadora! Cuando yo os contemplo dejando el silencio de vuestra casa, subiendo las montañas de Judea y visitando á Isabel, descubro que el Señor quiere derramar sus gracias por vuestras manos; y el corazón se llena de consuelo sabiendo que Vos no ahorraréis fatiga ni trabajo, por decirlo así, para darnos el socorro, pues son vuestras delicias aliviarnos: á la hora del sufrimiento estaréis con vuestros hijos, los que podrán dejar todas sus congojas en vuestro regazo maternal, y en todas partes les darás la luz, la fuerza, la gracia del Señor. Visita nuestras almas,

(1) XXXI, 18.

(2) I Cor., I, 5.

(3) Isa., XXXV, 6, 7.

celestial María, derramando en ellas los tesoros del amor y la esperanza con que Dios te ha enriquecido. ¡Qué consuelo será para tus hijos ser visitados de tan dulce Madre! El corazón se sentiría dichoso en tu presencia y moriría de amor; mas nuestra muerte sería envuelta en torrentes de delicias, y principio de una eternidad feliz. ¡Morir á la violencia del amor de nuestra Niña! ¿Cabe en el corazón del hombre tanta dicha, ó es él mismo capaz de merecerla? Y sin embargo de todo esto, morir queremos de amor á nuestra bella y pura Virgen.

Hemos asimismo contemplado vuestra santa expectación, María querida, y el alma ha sentido los deseos del cielo; una y otra vez ha suspirado por Jesús y por Vos, á quien decimos, desahogando el pecho: «En mi soledad espero tus consuelos; en mi retiro aguardo tu misericordia» (1). No tardes tus visitas, Niña hermosa, pues cuando vienes á nosotros nos llenas de santas bendiciones, nos colmas de riquezas..... Y entonces todos alzaremos nuestra voz, cantando sin descanso la gloria de tu nombre (2). Bendita seas en los cielos y la tierra; bendita de Dios y de los hombres. Bendice, alma mía, á la Madre del Señor, y todos mis afectos glorifiquen su sagrado nombre. No des al olvido sus beneficios, ni los consuelos de su gracia. Por su gracia perdónase el pecado, y su clemencia sana toda enfermedad. Virtudes de los cielos, bendécidla; coro de los apóstoles y profe-

(1) D. Bon., Ps. B. V., LIV.


(2) Ps. LXIV, 10, 14.

tas, cantad sus alabanzas. Que las islas y el inmenso mar la bendigan, y los cielos publiquen su gloria y poder, su grandeza y bondad (1).

## CAPÍTULO VII.

BELÉN.

§ I.

ú, Belén Efrata, eres pequeña entre los millares de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad» (2). Hé aquí la profecía; oigamos la historia. Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto mandando empadronar á todo el mundo....., y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y parió á su Hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y le recostó

(1) D. Bon., Ps. B. V., CII.

(2) Mich., v, 2.

en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón (1).

Los romanos dominaban el universo; el cetro había salido de Judá; era, pues, llegado el tiempo en que debía nacer el Mesías. Llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer y sujeto á la ley (2). Las promesas se han cumplido, las figuras tocan ya á su término, la gracia descende en abundancia de los cielos (3); es la hora en que nace el Hijo del Eterno; suena, pues, en nuestra tierra una voz de alegría, y en las tiendas de los pecadores se escucha un canto de consuelo y regocijo. Que los montes se alegren y los umbrosos árboles del bosque se llenen de contento. Escuchen los cielos y la tierra, y queden mudas de admiración todas las criaturas, y sobre las demás, el hombre. Jesús ha nacido en Belén. ¿Qué corazón hay tan de piedra, ó á qué alma no deja enternecida esta palabra? ¿Qué otro anuncio puede haber más dulce y encantador? El gozo no cabe en el pecho. Jesucristo ha nacido, trayendo consigo la salud, el óleo de vida y la gloria. Respirad, levantando la frente, los que estáis ya perdidos, porque viene el Señor á buscar y salvar á los que han perecido. Levantaos los enfermos, pues viene el que sana á los de corazón contrito y afligido (4). Alegraos vosotros, los hombres de grandes deseos, el Hijo de Dios os viene á heredar

(1) Luc., II, 1, 7.

(2) Gal., IV, 4.

(3) D. Thom., hic.

(4) Ps. CXLVI, 3.